

Trabajo para libro. Las Cartas a Fliess, una vía diferente de acercamiento al Psicoanálisis¹

Lic. Miguel Maldonado

Pedrerros²

*“Lo que no se pueda volando,
se alcanzará cojeando;
la Escritura dice: cojear no es pecado”
(Freud, 1994. pp.151)*

Esta frase, que aparece en la *Carta 78* de Freud a Fliess (Freud, 1994) y que se repite al final del artículo *Mas Allá del Principio del Placer* (Freud, 1920), alude a dos momentos de reflexión en que Freud manifiesta su preocupación por la velocidad de sus descubrimientos. En el primer caso, se encuentra eufórico creando el *Proyecto de una Psicología para Neurólogos* (Freud, 1950); sentía que había llegado a explicarse las condiciones de la conciencia y sentía que todos sus descubrimientos calzaban casi con la precisión de una máquina. En el segundo caso, su actitud es más cauta, hacer consciente lo inconsciente ya no era suficiente, las aspiraciones por “entenderlo todo” estaban entre esa tenue línea que separa realismo de pesimismo, como lo muestra el trasfondo de la cita que propone, buscando el consuelo en un poeta, frente a las reflexiones entre el instinto de vida y de muerte y su relación con el placer y el displacer.

Una diferencia entre ambos momentos, es que el primero lo conocemos, a pesar de Freud, cosa que no sucede en el segundo. Lo que nos permite ingresar a la reflexión sobre la importancia de conocer al Freud de las *Cartas a Fliess*. El tema del presente trabajo surge de una inquietud personal en el marco de mi formación como psicoterapeuta, donde sentía que el conocer y aprender el psicoanálisis, por algún motivo mermaba la espontaneidad y la libertad en el trato con los pacientes. Posteriormente en supervisiones, grupos de estudio, Seminarios sobre Técnica psicoanalítica, nos dimos cuenta que era algo más común de lo que creíamos. Probablemente esto sea algo característico de la formación o del conocimiento sobre Freud, y es posible que oscile en intensidad, en función a las características personales de quien se acerca a estudiarlo, pero

¹ Publicado en Re-vuelta psicoanalítica. Hernández, M. Lemlij, M. Fondo Editorial PUC. Lima, 2007

² Grimaldo del Solar 450 Dpto. 901. Lima 18. Perú. Correo: mimaldo@rcp.net.pe. Telf. 4449629

el objetivo de este trabajo es remarcar por qué, el conocer al Freud de *Las Cartas a Fliess*, podría paliar en algo esta situación.

El hecho que la figura de Freud se haya idealizado desde sus biografías, es una idea más o menos compartida, que ha llevado a psicoanalistas como Wallerstein a afirmar que *“para muchos de nosotros, Sigmund Freud subsiste como un objeto perdido, como un coloso inaccesible, del cual tal vez no hemos podido realizar cabalmente el duelo, al menos en su plenitud emocional”* (Rodrigué, 1996, pp. 16). Esto puede estar vinculado al trato dado a las *Cartas a Fliess*. Durante muchos años estas mostraron sólo los aspectos más desarrollados, paradójicamente escondiendo su lado más humano y favoreciendo así el desarrollo de la imagen idealizada y de héroe en Freud.

¿Es necesario saber de la vida del científico para entender sus descubrimientos?; en consecuencia ¿sería necesario conocer la vida de Isaac Newton para entender su física? Creemos que no siempre, pero en el caso del Psicoanálisis, donde el terapeuta o quien pretende establecer algún conocimiento desde este campo, es constantemente sujeto y objeto de trabajo, es imprescindible. Como dice Rodrigué (1996) cuando se refiere a Freud: *“Él fue el Newton, pero también la manzana. Soñó el psicoanálisis y fue soñado por él”* (pp.17). Esto podría tener alguna utilidad, sobre todo para quienes creemos que la comprensión psicoanalítica no es la de un investigador o terapeuta que entiende a su objeto de estudio o al paciente que tiene al frente “objetivamente”, sino que parte de su comprensión tiene que ver con el tipo de vínculo que se establece entre ambos. Es así como se desarrolló la teoría psicoanalítica, y el documento más claro para observar esta actitud, es en las cartas de Freud Fliess.

Cuando Moussaief Masson (Freud, 1994) nos presenta la edición completa de las *Cartas*, dice en su prólogo que esta presentación va a *“modificar la imagen de un grande hombre”* (pp.XI) En este sentido, estamos de acuerdo con su planteamiento y con la siguiente aseveración *“... pero dibuja a un Freud más humano”* (pp.XI). El hecho que se plantee de esa manera, ya nos indica la forma cómo anteriormente era presentado el llamado “Padre del Psicoanálisis”: idealizado, como un héroe o el ser sereno, racional, imagen que se puede

obtener, por ejemplo, cuando se accede a él, desde sus trabajos en relación a los sueños, en los que aparece como un investigador con la capacidad de interpretar aspectos inconscientes que el “paciente tiene que aceptar”.

Esto nos lleva a otra reflexión, ¿cómo poder separar el interés científico del privado?. En otras palabras, cómo acceder y trabajar estas *Cartas* como una posible forma de aprendizaje del psicoanálisis, de lo que podría ser el deseo de entrar en la vida de Freud, con la perspectiva de satisfacer un interés más banal, haciendo escarnio de su vida o de intentar “psicoanalizarlo”. Creemos que este es un riesgo que debemos de tener presente constantemente, y esperamos que la realización de este trabajo muestre, que si bien es un riesgo, este puede ser manejado y hacer de esta revisión, algo productivo para quienes ingresan a estudiar el psicoanálisis, para quienes lo enseñan y de repente para el psicoanálisis en sí.

Vamos a presentar someramente lo que se conoce como el *Periodo de Fliess*, con la esperanza que, de acuerdo a nuestro planteamiento, estas promuevan una identificación con Freud, como una forma diferente de acercarse y entender el psicoanálisis. Las *Cartas* a Fliess representan una etapa importante porque vamos a apreciar a un Freud creando el psicoanálisis, que oscila entre dudas y creencias casi conviccionales, que lo llevan a un constante rehacer de su teoría, pero que lentamente, y aprendiendo de los obstáculos que encuentra, empieza a alejarse de las ideas y concepciones neurológicas o científico positivistas que fueron su punto de partida. Este apartamiento se da paralelamente, o debido también, al trabajo de su propia neurosis, trayendo esto consigo, que las cosas que él descubre ya no van a estar referidas en esta etapa únicamente a lo que encontraba en sus pacientes, sino también en relación a sí mismo en su autoanálisis. El desarrollo se va dando como inadvertidamente, guiado de alguna manera, por la naturaleza misma de un tema que fue conociendo a la vez que se iba conociendo él mismo. Ahora a la distancia, podemos decir que mientras Freud buscó sacar la descripción y comprensión del sufrimiento humano fuera del terreno de la poesía y la intuición para llevarlo al de la ciencia natural, logró sin proponérselo crear una nueva concepción de ciencia.

¿Por qué es importante este período? En lo que se refiere a Freud lo vemos esforzándose por aprehender, como diría en *Estudios sobre la Histeria* (Freud, 1895), “*un problema intelectual que nunca había sido planteado antes*” (pp. Averiguando), en el marco de una escena creada, donde se presenta bregando constante y apasionadamente en dos frentes. Por un lado, con un ambiente científico que sentía hostil en relación a su obra, y por otro, la lucha contra sus padecimientos psíquicos y la resistencia de sus propios impulsos inconscientes. Esta situación, para quienes nos acercamos al psicoanálisis, no deja de destacar la importancia de reflexionar, no sólo en torno a cómo es que llegamos a “conocer” el psicoanálisis, sino también a cómo se da el proceso creativo desde el psicoanálisis y cómo este se vincula con nuestras neurosis.

Freud conoce a Fliess en 1887, pero recién se intensifica esta relación en 1895, y terminará rompiéndose en 1902. De acuerdo a la vida de Freud, su vínculo con Fliess se desarrolla desde los treinta y uno hasta los cuarenta y seis años, siendo el periodo más intenso entre los años 1895 a 1901. En el ínterin, Freud iniciará su autoanálisis en 1897, lo cual pensamos que se viabilizó, entre otras cosas, gracias a la existencia de un Fliess que funcionó como una especie de alter ego, otro.

Lo que se conoce como el *Periodo de Fliess*, es producto de las cartas que Freud le escribiera, dado que las que recibió de él (excepto tres encontradas), las destruyó. En el presente trabajo nos vamos a centrar y utilizar la numeración de la edición de J. M. Masson (Freud, 1994), por considerarla la más completa. Esta publicación consta de 287 cartas numeradas cronológicamente y 17 Manuscritos, donde Freud solía presentar sus avances teóricos. El mérito de Masson, fue presentar las cartas completas. Lo que nos lleva a pensar en lo sucedido con la versión anterior, que aparece en las Obras Completas bajo el nombre de “Los Orígenes del Psicoanálisis” (Freud, 1950), donde sólo aparecen 153 cartas y muchas de ellas incompletas. Jones (1979), por ejemplo, trata de justificar estas omisiones y recortes, aduciendo que los párrafos dejados de lado no eran relevantes, y que giran alrededor de tres temas, a datos sobre amigos o parientes, a los esfuerzos que Freud realizó para ajustarse a la “ley de los periodos” de Fliess y a una cantidad de observaciones

y severas críticas a Breuer; partes que a su entender no era relevante mostrar. La paradoja radica en que en él mismo libro Jones(1979), para desarrollar su biografía de Freud, se ve en la necesidad de citar partes de cartas que no se habían publicado y que, no tienen que ver con estos temas.

Sin embargo, ahora sabemos que el asunto no era tan sencillo, sino que en el fondo se trataba de evitar el tratamiento de cosas muy importantes, que atañen directamente a la imagen personal que se guarda de Freud. Estas omisiones giran en torno a sus partes más humanas, como pueden ser datos sobre su forma de crear, sobre su personalidad, sus sufrimientos, gustos, antipatías, ambiciones científicas, desengaños, luchas, dificultades y sobre todo, la necesidad que sentía, durante el aislamiento que vivía, del apoyo de Fliess.

La amistad con Fliess es la más íntima que se conoce en la vida de Freud, extrañamente omitida por el mismo autor en sus autobiografías. Esta actuó por momentos como factor estimulante y en otros, como inhibidor en el desarrollo de sus teorías durante el último decenio del siglo pasado. Por ello es menester que hablemos algo sobre Fliess.

Wilhelm Fliess nace en Arnswalde el año 1858 y fallece en Berlín en 1928; fue un médico y biólogo alemán especializado en otorrinolaringología, dos años menor que Freud. Era reconocido como un conversador brillante e inteligente y de una personalidad fascinadora. Su característica más sobresaliente era su ilimitada inclinación a la especulación así como una gran auto confianza que lo llevaba a sostener dogmáticamente las ideas que se le ocurrían y ser muy reacio en aceptar críticas.

Fliess tomó como punto de partida dos hechos sobre los cuales edificó toda una hipótesis. El primero, el de los periodos (que aludía al ciclo menstrual), y el segundo, que existe una relación entre la membrana de la nariz y la actividad genital. Es decir, que esta membrana se inflama a menudo con la excitación genital o durante la menstruación. A partir de allí, en su primera publicación de 1897 (Jones, 1979) anuncia un nuevo síndrome: el de la

“*neurosis nasal refleja*”. Su causa era o bien orgánica como secuela de una infección, o funcional por perturbaciones vasomotoras de origen sexual, siendo esta última causa un punto de contacto con las investigaciones de Freud, por su parecido con las neurosis actuales, en especial con la neurastenia.

Este síndrome incluía una vasta cantidad de síntomas, pero lo importante es que éstos podían ser aliviados con la aplicación de cocaína en la nariz. Si bien nunca se pudo comprobar la especificidad de este síndrome ni sus efectos, Fliess se embarcó desde él en una serie de conceptos y proyecciones de vasto alcance. Planteó que la menstruación era la expresión de un *proceso común a ambos sexos* y que abarcaría toda la vida; infiriendo además la existencia de una periodicidad en todas las actividades vitales. Creía haber hallado la clave de esa periodicidad en la aplicación de los números 23 y 28. Otro de sus planteamientos era el de la bisexualidad en los seres humanos; esta segunda gran idea lo acercó a Freud, y al final, fue paradójicamente uno de los motivos por los que se separaron.

Su teoría de la bisexualidad fue luego complementada con una “demostración matemática” de su doctrina (Clark, 1985), la cual defendió con una obstinación que se sobreponía a las más flagrantes contradicciones. Como podemos apreciar, son indudables los rasgos místicos que se observan en sus escritos y la fantástica arbitrariedad con que hacía sus malabarismos con los números, porque era un numerólogo por excelencia. Llegó incluso a plantear que desde su teoría de los periodos, se podían explicar todos los sucesos de la vida, pudiendo ser aplicada no sólo a los seres humanos sino también a toda la escala animal y hasta a todos los seres orgánicos, como diría Jones (1979) “*¡de la nariz al infinito!*” (pp.302), cual Cyrano de Bergerac.

Fliess conoce a Freud en 1887 cuando el ubicuo Breuer, una vez más, le aconseja que asista a unas clases que Freud dictaba sobre anatomía y las formas de funcionamiento del sistema nervioso, dándose desde el inicio una mutua atracción. Como lo muestra desde la *Carta 1* (Freud, 1994) de Noviembre de 1897, en que Freud comienza diciendo “*Si bien es cierto que mi carta de hoy*

responde a un motivo estrictamente práctico, debo iniciarla confesándole que abrigo la esperanza de mantener con Ud. una relación permanente y que la profunda impresión que Ud. me ha causado, fácilmente podría inducirme a declararle con toda franqueza en qué categoría de seres humanos me veo impulsado a incluirlo.”(pp. 3).

Tenían en común ser dos jóvenes médicos salidos de una clase media judía, preocupados de hacer una clientela y mantener una familia. Aunque Fliess estaba en una situación más cómoda, tanto por tener mayor éxito en el ejercicio de su profesión, como por que se casó con Ida Bondy, una mujer de familia adinerada y paciente de Breuer. Los dos tenían educación humanista y habían ingresado a la ciencia por la puerta de la Escuela de Helmholtz.

La amistad con Fliess vino a llenar el vacío dejado por el alejamiento de Breuer, en un momento en que Freud había perdido toda confianza de ser comprendido en su círculo más íntimo, al punto que a decir de Freud, terminó constituyéndose en su único y exclusivo público. Esta es la etapa que Freud autodenominó en su autobiografía (Freud, 1925) como la del “gran aislamiento”, por su lejanía de los círculos científicos y probablemente por lo ensimismado que estaba en su autoanálisis.

Esta relación se dio entre las cartas que intercambiaban y los *Congresos*, como Freud solía llamar a los encuentros que tenían, nombre tragicómico porque Fliess era literalmente “*todo su público*” como lo decía Freud, ya que al haber perdido toda la confianza de ser comprendido en su círculo más íntimo, no trataba en ese momento con nadie más los problemas que tanto le preocupaban. El primer Congreso, fue en Salzburgo en Agosto de 1890, no se tiene el número exacto de encuentros, pero se sabe que el último, donde tuvo lugar la ruptura, fue en Ancheese en Septiembre de 1900.

Dos características que lo unieron a Freud fueron, por un lado, que Fliess había hecho de los problemas sexuales el centro de su labor, siendo en un inicio dos amigos unidos que exploraban territorios prohibidos. Este era el tipo

de colaborador y mentor científico que Freud necesitaba en ese momento. Por otro lado, el temperamento de Fliess, quien se presentaba exageradamente seguro de sí mismo, comunicativo y especulativo, generalizando sus ideas sin mayor reparo. Esto podemos corroborarlo en la *Carta 84* (Freud, 1994) del 8 de Diciembre de 1895 cuando Freud dice “... *No podemos pasarnos sin la gente que tiene la osadía de pensar novedades antes que las pueda demostrar*” (pp. 161).

La exigencia a Fliess era más o menos clara, Freud necesitaba un auditorium, alguien que lo escuchara en la enumeración de sus descubrimientos y de su explicación teórica, alguien que diera su opinión al respecto, cosa que cumplió satisfactoriamente. Pero su función tenía también mucho de “censor” en su doble vertiente. Una, la del que señala lo objetable o cuestionable, que es la versión más conocida del censor. La otra, que es más importante y que muy poco se analiza, es la de la persona que uno puede sentir que con su silencio ejerce el papel de aprobación de lo que uno dice. Además, sus elogios deben de haber sido muy importantes para Freud, como lo muestra la *Carta 45* (Freud, 1994) del 14 de Julio de 1894, que no aparece en la recopilación de López Ballesteros (Freud, 1950), donde empieza diciéndole -a raíz de su comentario sobre el historial clínico de *Elizabeth V. R.*- “*Néctar y ambrosía es para mí tu elogio porque conozco con certeza cuán difícil es que lo pronuncies, no, más precisamente, cuán sinceramente lo sientes cuando lo pronuncias*” (pp. 82).

Bosquejada en un sentido bastante amplio, la relación entre Fliess y Freud, vamos ahora a presentar tres Cartas que a nuestro entender favorecen un acercamiento al psicoanálisis desde la identificación. Estas misivas fueron escritas a partir del 21 de septiembre de 1897. E. Erikson (Clark, 1985) las ha calificado como las “*históricas y heroicas cartas de Otoño de 1897*”, porque a través de ellas podemos apreciar cómo es que llega Freud a su concepción de la sexualidad infantil y al lugar trascendente de la fantasía en el origen de las enfermedades mentales.

Freud había estado en los últimos años desarrollando y afirmando que las psiconeurosis tenían como causa un trauma sexual infantil, en el cual el niño

había sufrido una seducción de parte de un adulto o de alguien más cercano en edad a él (como un hermano). Este supuesto, que por momentos parecía casi conviccional, había sido presentado ante la comunidad científica de Viena. Sin embargo, a partir de su autoanálisis y del trabajo clínico, se da cuenta que esto no es así. Vamos a apreciar cómo le comunica esto a Fliess y todo lo que implica para él este cambio de ideas.

La primera es la muy conocida *Carta 139* (Freud, 1994) del 21 de Septiembre de 1897, donde le dice “...Y ahora quiero confiarte sin dilación el gran secreto que se me puso en claro lentamente los últimos meses. No creo más en mi neurótica.”(pp. 284) Con esta frase, empieza a explicarle a Fliess “históricamente” los motivos por los que decide abandonar la teoría de la seducción y habla de cuatro grupos de aspectos:

- El primer grupo tiene que ver con la falta de resultados clínicos, como el no poder concluir los análisis; no poder explicar las deserciones, sobre todo de los pacientes que mostraban rasgos favorables para el tratamiento; la falta de éxitos completos como esperaba y la dificultad para explicar los logros parciales. Freud asume que estos acontecimientos se están sucediendo porque sus planteamientos teóricos, no los técnicos, fallaban, y las críticas que recibía también iban en la misma línea de los aspectos teóricos más que técnicos, como el origen de las neurosis en la seducción temprana.
- Un segundo grupo de aspectos que lo hacen reflexionar, es el hecho que en todos los casos, el padre tuviera que ser acusado de perverso. Si fuera así - se pregunta-, por qué no devienen en más perversiones que histerias. Además durante esta época Freud había trabajado en su autoanálisis la bronca o rabia contra su padre, que algo tuvo que ver en que culpara a todos los padres de perversos. El empezar a darse cuenta de estas cosas lo llevará más adelante a dar un giro hacia el complejo de Edipo. En esta carta apreciamos cómo, en la medida que él va trascendiendo las defensas frente a sus recuerdos o reconociendo sus broncas y resistencias para continuar su análisis, va desarrollando también el psicoanálisis.
- El tercer aspecto es que Freud se dio cuenta que en el inconsciente no existe un signo de realidad, de modo que es imposible distinguir la verdad de la ficción afectivamente cargada. Este es otro gran hallazgo, porque para que

haya signo de realidad tendría que haber conciencia en el inconsciente, y se confundiría con memoria o lo que después denominará “preconsciente”. Si es así, Freud se pregunta por qué entonces la fantasía sexual se había adueñado del tema de los padres en sus pacientes.

- Finalmente, el cuarto aspecto, es que ni en la psicosis llega el recuerdo inconsciente a trascender a la conciencia, y si no se da en ese sentido, menos se puede dar en el contrario.

Por estas cosas, Freud decide que tiene que abandonar la teoría de la seducción, así como la posibilidad de resolver totalmente una neurosis y de establecer con certeza su etiología en un hecho real de la infancia. Pero no era todo lo que se derrumbaba, sólo la teoría de la seducción que se había constituido en su caballito de batalla, en relación al origen de la enfermedad mental; pero podríamos decir que a nivel técnico, él estaba avanzando en su autoanálisis y en la interpretación de los sueños. Pero el abandono no fue total, como lo muestra el hecho de que recién en 1905 en el artículo *Tres Ensayos de Teoría Sexual* (Freud, 1905), hará público su abandono a esta teoría.

Es importante prestar atención a la forma cómo termina la carta, autoevaluándose. Para descartar que estas ideas tengan que ver con un estado de ánimo depresivo que lo lleva a ver así las cosas, realiza el ejercicio -que hasta ahora es cotidiano en el trabajo clínico desde el psicoanálisis-, de discriminar si lo que está sintiendo en la relación con el paciente, tiene que ver con su estado particular o es fruto de la relación con el paciente. Esta decantación le permite inferir, que se trata de admitir estas nuevas ideas, como resultado de un trabajo intelectual sincero y de un buen nivel de autocrítica. Y de ahí que vislumbra (a pesar de todo lo que estaba viviendo), que esto es parte de un proceso más amplio; sensación que es común en los trabajos clínicos: las debacles o crisis se toleran más cuando se sienten parte de un proceso. Al final los supuestos avances teóricos o la seducción que él había imaginado en su padre hacia sus hermanos, no habían sido sino criaturas de su propia imaginación. Su capacidad de autoanalizarse lo lleva a pensar que si por sus defensas para asumir la bronca contra su padre, había distorsionado todo, entonces se plantea la gran idea de que sus pacientes también podrían haberse defendido de la misma manera.

En la “Carta 141” (Freud, 1994), la segunda de la serie, escrita algunos días después, podemos observar cómo a pesar de haberse descalabrado la teoría de la seducción, por la que tanto luchó, y a pesar que terminaron siendo ciertas la mayoría de críticas; a partir de su autoanálisis, empieza a remontar y a entender por qué se equivocó, y de ahí a comprender lo que sucede en sus pacientes. Es también una actitud técnica que se ha mantenido como característica del trabajo psicoanalítico. Lo más común es criticarnos por habernos equivocado, lo más difícil es seguir tratando de entender que pasó.

Freud continúa con esta línea de pensamiento remarcando la importancia de lo íntimo. Comenta que a raíz de la interpretación de un sueño, surgió el recuerdo de su nodriza, cuando él tenía dos años y medio, hecho que lo ayuda a ubicar la causa de su neurosis ya no en su padre, sino en ella. Esta reflexión lo lleva a recuerdos de cuando “*se despertó mi libido hacia matrem*” (pp. 289). Comenta también cómo evoca sus relaciones con un primo en la infancia, así como la forma en que vivió el fallecimiento de su hermano menor, vinculando ambos hechos al origen de la faz neurótica y la intensidad de sus amistades. Estas reflexiones, más las dificultades que encuentra para avanzar en su autoanálisis, le permiten inferir por primera vez, la idea de “*ganancia secundaria de la enfermedad*” que empieza nuevamente a usar para entender las reacciones de sus pacientes.

A partir de este sueño, podemos apreciar cómo Freud trabaja su impotencia neurótica y angustia de “*no poder*”, vinculadas a lo que le decía la nodriza, lo cual le ayuda a entender la impotencia que estaba viviendo como terapeuta para entender la neurosis. Termina reflexionando sobre si lo que encuentra son hechos o fantasías y aún lo confunde la constatación que a pesar de ser fantasías, pudieran ejercer efecto como si fueran realidades. Surge de ahí su gran pregunta acerca de dónde provienen los detalles perversos espantosos de sus pacientes que suelen estar tan lejos de su experiencia vivida.

En la “*Carta 142*” (Freud, 1994) escrita cinco días después, empieza explicándose algunas conductas y resistencias desde la teoría de los periodos de Fliess, a partir de la cual llega a inferir cosas como “*De esto se podría concluir que el periodo femenino es desfavorable para el trabajo*” (pp. 291). Paralelamente se presenta muy ilusionado en su autoanálisis, con la idea que todo lo que le sucede en este proceso (como la aparición de resistencias), lo va a ayudar a aclarar y a entender a sus pacientes. Lo que constituye otro gran aporte de Freud, al lograr hacer de los obstáculos herramientas para seguir avanzando.

Pero aún persiste en la idea de encontrar eventos reales que justifiquen su neurosis, como se puede apreciar cuando consulta con su madre sobre la niñera, y una vez confirmado el hecho como real, asume que esto corrobora la veracidad de la interpretación de su sueño, aunque termina atándolo a los datos recibidos. Igual acontece con su inquina por el médico de Freiberg y a ambos los toma como corroboración de la efectividad del análisis de sueños. Acá se abre la brecha y las dudas, hasta ahora vigentes, de la reconstrucción; ¿es de hechos reales o de una narrativa que da sentido a varios eventos? En todo caso, esta reconstrucción nunca fue comunicada por Freud en ninguna de sus obras, sólo aparece en estas cartas; incluso posteriormente el recomendó en forma explícita, que estas interrogantes confirmatorias no se hagan.

La desaparición de la “*vieja*”, como llama a la nodriza, la relaciona con la desaparición de su madre y con la escena que desde hace años le regresaba reiteradamente a su mente: de que no encontraba a su madre. Lo cual usa nuevamente como prueba de las coincidencias entre lo interpretado y lo que sucedió en “realidad”. Es comprensible también su cautela por confirmar si son reales, después de lo que había pasado con lo de la seducción.

Todo lo visto lleva a Freud al hallazgo del enamoramiento infantil hacia su madre y los celos hacia su padre; y plantea que ese podría ser el motivo por el cual cautiva tanto la obra de Edipo Rey. Son estas cartas las primeras donde cita al *Complejo de Edipo* como tal. Al trasladar su concepción del Edipo a la

comprensión de lo que lo sucedido con sus pacientes que hablaban de escenas de seducción, encuentra otra vertiente explicativa sobre el referido complejo, a partir de la siguiente inferencia: si todos los adultos no habían sentido lujuria por los niños, como pasó con sus pacientes, entonces de dónde vienen estos pensamientos. Tienen que surgir de sentimientos de lujuria -como él los llama- de los niños a los adultos y detrás de estas fantasías surge pues otro concepto teórico trascendental para el psicoanálisis: la *sexualidad infantil*. Este es el origen de su concepto de la sexualidad infantil.

Posteriormente llega a plantear que tuvo que reconocer que las escenas de seducción jamás habían existido, que eran sólo fantasías y que había confundido ambas cosas. Incluso reconoció también que quizás las había sembrado en sus pacientes, a manera de sugerencia, o sugestión. Es decir, varios pacientes se convencieron a causa de la convicción de Freud, que habían sido seducidos, lo cual era factible, por la técnica que usaba. La hermosa frase "*cuento de hadas científico*" de Kraft Ebbing (Ellemerger,1970), además de bella, había sido una descripción bastante acertada y atinada. A Freud le pasó algo muy semejante a lo que le sucedió a Charcot, en relación a las histéricas, con la gran diferencia que una vez que Charcot falleció, desaparecieron sus histéricas y sus teorías; mientras que Freud hizo de este obstáculo una herramienta para seguir desarrollando el psicoanálisis y la comprensión de los sufrimientos psíquicos.

El ocaso de la teoría de la seducción dio paso al surgimiento de varias ideas muy importantes para el desarrollo posterior del psicoanálisis, como la de realidad psíquica que va de la mano con la idea de fantasma inconsciente, un mayor desarrollo de las funciones del Yo a partir de la comprensión del mecanismo de la represión, el inicio de la comprensión del Complejo de Edipo. Y lo que es más importante para este trabajo, la idea de una sexualidad infantil espontánea y natural, y no producto de hechos traumáticos precoces que toman sentido después de la pubertad.

Como hemos podido apreciar en la revisión de estas tres *Cartas*, aparece un Freud "obrero", trabajando simultáneamente en la comprensión de sí mismo y de los cuadros psicopatológicos; el investigarse y entenderse pasa a ser una

herramienta para estudiar y entender lo investigado. El gran salto de hacer la inferencia a partir de lo que le sucedía a él, a entender a partir de ahí lo que le sucedía a sus pacientes y de ahí a todos los que padecieran de psiconeurosis, nos evidencia esa particular convergencia que él nos muestra, entre los fenómenos particulares y la posibilidad de extenderlos a los de la especie.

Es así como fue creando Freud, el psicoanálisis. En otras Cartas plantea que él no podía producir intelectualmente ni en estados de mucha felicidad o exaltación, ni cuando estaba muy triste, pero que siempre algo de tristeza o desazón era imprescindible para que pudiera crear. ¿Es necesario que todos pasemos por este auto descubrimiento para conocer el psicoanálisis? Nosotros pensamos que sí, sobre todo para quienes tienen en perspectiva trabajar en psicoterapia o psicoanálisis.

Por eso pensamos que el acceder al psicoanálisis desde el Freud de *Las Cartas a Fliess*, donde encontramos no sólo sus ideas sino también al hombre que crea, puede facilitar a las personas un nivel de identificación con él que va a redundar en una comprensión diferente del psicoanálisis que la de los que se acercan desde sus “grandes textos” que tienden a promover la idealización. Esta situación adquiere mayor relevancia cuando se trata de acercamientos teóricos, como el caso de la Maestría sobre Estudios Teóricos en Psicoanálisis (PUCP), o de su enseñanza en Universidades, donde los participantes no van a tener espacios como las supervisiones o psicoterapias donde puedan trabajar la idealización e ir decantando su relación con el psicoanálisis.

Para terminar y a manera de reflexión. Esto de hacer de los obstáculos o dificultades que encontramos en nuestro trabajo, herramientas para seguir creando, ¿es una característica personal de Freud, o es un rasgo necesario de creación en todo trabajo psicoanalítico? ¿Cuánto de esto es el estilo de crear particular de Freud y cuánto es patognomónico del psicoanálisis? ¿Puede estar el conocer el psicoanálisis separado de un autoconocimiento? . Las respuestas aún no logramos vislumbrarlas, pero es necesario seguir reflexionando y compartiendo estas inquietudes. Recordando que:

“Lo que no se pueda volando,
se alcanzará cojeando;
la Escritura dice: cojear no es pecado”
(Freud, 1994. pp.151)

Esta es la primera vez que comentamos esta idea tomando como referencia las *Cartas a Fliess* como una forma diferente de acercarse al psicoanálisis. Creemos que es un planteamiento nuevo que requiere aún seguir siendo pensado y elaborado. Esperamos que la forma en que hemos presentado las tres *Cartas*, muestre cuál es nuestra intención; aspirando a que el presente trabajo sea un primer paso en la búsqueda de una forma menos vertical y más empática y humana de acercarse al psicoanálisis.

Referencias Bibliográficas

- Clark, R. (1985). *Freud el hombre y su causa*. Buenos Aires: Editorial Sudamericana.
- Ellemerger, H. (1970). *El descubrimiento del inconsciente*. Madrid: editorial Gredos.
- Freud, S. (1895). Estudios sobre la histeria. En: *Obras Completas de Sigmund Freud (1973). Tomo I (pp. 39-168)*. Madrid: Ed. Biblioteca Nueva.
- Freud, S. (1905). Tres ensayos para una teoría sexual. En: *Obras Completas de Sigmund Freud (1973). Tomo I (pp. 1169-1237)*. Madrid: Ed. Biblioteca Nueva.
- Freud, S. (1920). Más allá del principio del placer. En: *Obras Completas de Sigmund Freud (1973). Tomo III (pp. 2507-2542)*. Madrid: Ed. Biblioteca Nueva.
- Freud, S. (1925). Presentación autobiográfica. En: *Obras Completas de Sigmund Freud (1973). Tomo III (2761-2800)*. Madrid: Ed. Biblioteca Nueva.
- Freud, S. -(1950). Proyecto de una psicología para neurólogos. En: *Obras Completas de Sigmund Freud (1973). Tomo I (pp. 209-276)*. Madrid: Ed. Biblioteca Nueva.
- Freud, S. (1950). Los Orígenes del Psicoanálisis. En: *Obras Completas de*

Sigmund Freud (1973). Tomo III (3433-3656). Madrid: Ed. Biblioteca Nueva.

Freud, S. (1994). *Cartas a Wilhelm Fliess 1887-1904.* , J. Buenos Aires: Editorial Amorrortu.

Jones, E. (1979) . *Vida y Obra de Sigmund Freud.* Editorial Hormé: Buenos Aires.

Planche y Pontalis. *Diccionario de Psicoanálisis.* Ed. Paidós, Buenos Aires

Rodrigué, E. (1996). *El siglo del psicoanálisis.* Tomo 1. Buenos Aires: Editorial Sudamericana

Rudinesco, E. y Plom, M. (1998). *Diccionario de Psicoanálisis.* Buenos Aires: Editorial Paidós